

éste sustituya de una manera total al tapón de corcho en multitud de aplicaciones que hasta hace poco habían sido de su particular exclusiva. Bebidas gaseosas, aguas minerales, cervezas, aceite y una larga serie de productos farmacéuticos e incluso algunos vinos de corto período de permanencia en cava se han pronunciado en favor del disco o del plástico. Y lo han hecho, pese a que, algunas veces, deben pagar la modernidad y la rapidez del descorche con una pérdida del coeficiente de conservación del producto envasado. Hecho comprobado hasta la saciedad en la cerveza y en los productos farmacéuticos a base de sustancias líquidas. No obstante, la demanda de tapones de plástico sigue en aumento. En consecuencia, ha disminuído, y seguirá disminuyendo mucho más, la venta de las clases inferiores de tapones, que venían aplicándose para los mencionados embotellamientos. Esto me hace suponer que nos vamos acercando a pasos agigantados a un futuro próximo en el que un buen tapón natural será considerado como un artículo de lujo, signo de distinción, reservado única y exclusivamente a los buenos vinos de mesa, a los licores selectos y al champán.

El plástico acabará imponiéndose en los mercados, en cantidad. Mientras, el tapón de corcho ostentará su jerarquía de calidad. Hecho que ha ocurrido de idéntica forma respecto al nylon y la seda natural.

¿CORCHO O PLÁSTICO?

Es probable que algunos consumidores mantengan a ultranza su fidelidad al tapón de corcho, pero también es posible que las deserciones abunden. Hay quien opina que con las clases inferiores de tapones naturales se podrán surtir los países menos adelantados, los que están aún en las primeras letras del abecedario de un concienzudo y sistemático embotellamiento. Pero, ¿quién nos garantiza que empiecen y recorran las mismas fases que recorrieron otros países, y que hoy ya deshecharon como caducas? ¿No es más lógico suponer que se aprovechen del aprendizaje de los demás y que se decidan por la economía y la modernidad del plástico?

En este aspecto, particularmente soy pesimista. En mi opinión, el plástico acabará sustituyendo con ventaja a las clases cuarta y tercera de los tapones de corcho. Sin ventaja, a las segundas. En cambio soy optimista en asegurar que el plástico no conseguirá nunca ganar la eficiencia de un buen tapón natural, ni sustituir el lento y majestuoso encanto del descorche, viejo rito que requieren los vinos añejos y el elaborado champán.

Ningún cosechero y perfecto catador renunciará al certificado de garantía que un selecto tapón de corcho puede ofrecer. Ni el cumplido anfitrión sabrá presentar ante los huéspedes de su mejor convite vino o licor sin el firme cierre de nuestro rosado astracán.

En prueba de mi aserto, cito los ensayos comparativos de degustación de vinos y champán tapados con corcho y plástico, verificados en Francia (Champaña), cuyas conclusiones, por mayoría, son a favor del tapón de corcho.

ANTE LA NUEVA SITUACION

Muchos fabricantes ampurdaneses ven también el futuro de su industria de la forma expuesta en estas líneas, y se disponen ya a elaborar clases superiores de tapones, de acuerdo con las demandas preferentes.

Pero... ¿dónde está el corcho para ello?

En las subastas anunciadas de corcho en bosque o de corcho en plancha abunda la mala calidad. Han desaparecido como por ensalmo las clases superiores adecuadas. Y si, tras recorrer una odisea, algún comprador consigue encontrar el corcho de sus sueños, los precios son exorbitantes.

¿Qué ha sucedido con el buen corcho?

¿Acaso todos los alcornoques se han vestido con gabanes de segunda mano?

¿Atentaron contra ellos con repetidas sacas, desmejorando a natural calidad de la suberina?

¿Se ha exportado un exceso de corcho en plancha?

No lo sé. Únicamente puedo decir que, si los fabricantes no pueden encontrar las planchas necesarias para elaborar primeras clases, mal podrán conducir sus naves hacia el norte que se vislumbra. Y España perderá la segunda ocasión de erigirse en uno de los primeros países exportadores de tapones. Y debemos procurar todos que no la pierda. No sea que el cetro de esta industria genuinamente nuestra pase a manos extranjeras; cuando las circunstancias actuales, por ser España país productor de corcho, nos deparan una ocasión casi de exclusividad en las nuevas exigencias del mercado. Y digo casi de exclusividad, porque Portugal, también país productor, no va a quedarse a la zaga.

Si fuesen los alcornoques los únicos a preocuparse, no se preocuparían. Sus abrigo tendrían siempre comprador; ninguno será pasto de las polillas. El mercado mundial absorberá ávidamente las 300 mil toneladas de corcho que los alcornoques existentes producen anualmente. Que estas toneladas se conviertan en tapones o en aglomerado, o que sea uno u otro el país que lo elabore, es cosa que no preocupa a los árboles. Les basta saber que producción y consumo estén nivelados. Noticia conocida y sabida también por los propietarios de bosques. Y quizá también les baste, aunque no dudo que, con miras a la unidad de los intereses de España, propietarios y fabricantes encontrarán un punto de convergencia, para que sea en nuestro suelo donde se elaboren aquella clase de tapones que con más justicia merezcan el calificativo de *artículo de lujo*.

L. D'ANDRAITX